

# Tópico edípico

Guillermo Mattioli

*Te ruego amable lector que no tomes demasiado en serio esto que tienes la gentileza de leer. Como ves, va de tópicos, y a un comienzo tan manido corresponde que adoptes una disposición de lectura igualmente laxa y benevolente.*

*Te hablaré de alguno de los lugares comunes que abundan en el cuento de nuestro famoso complejo de Edipo, aquel esquema organizador de la experiencia humana, el único que según Freud puede reclamar el psicoanálisis para sí, cuyo descubrimiento le corresponde, una vez saldada la deuda con Sófocles.*

Érase una vez una madre, bien celosa de su función y orgullosa de su retoño, a quien amaba con aquel sentimiento cuya intensidad ha hecho decir a algunos con vocación de poetas que es incondicional. Su niño era todo para ella y ella quería y lograba serlo todo para él. Todos sus sueños se cumplían en aquel bebote rollizo y feliz que después de atracarse con deleite sumo de zumo materno se sumergía en un festín onírico en el que paladeaba nuevamente los senos de su madre mientras ésta se trasponía a su vez meciéndolo con dulzura. El sol entraba por la ventana y enternecido ante aquella imagen moderaba tímidamente sus rayos.

Ambos eran muy felices.

El bebé ejercitaba sus gemidos y llantitos. La madre sentía el llamado de su sangre y acudía de inmediato. Caca. Limpieza de culito y cambio de pañales eran un ceremonia sagrada. El niño feliz de sentir ventiladas sus nalgas y la madre admirada ante la cantidad, color y aroma de la producción de su hijo. Por las noches un oportuno dolor inespecífico, tanto podía ser de tripitas como de almitas, era la ocasión de un encuentro entre ambos que invariablemente se resolvía acunándolo con satisfactoria nocturnidad.

Pero un día apareció el padre. Después se supo que de alguna manera siempre había estado allí, aunque su presencia pasara inadvertida. Al principio su discreto disimulo hacía aún más patente la paradisíaca reciprocidad de la madre y su niño. Con

el correr de las semanas sin embargo comenzó a hacerse notar. Era impulsado por inciertos motivos que pretendía no fueran celos. Lo eran y no. Se sentía celoso ante la visión de felicidad, que lo hacía sentir inexistente. Pero también actuaba en él un oscuro impulso, muy hondo, muy íntimo y tan inexorable que extrañamente lo sentía como proveniente de fuera. Ancestral, como un llamado a intervenir entre su mujer y su hijo introduciendo algo distinto y heterogéneo y de alguna manera agresivo hacia ese paraíso bicéfalo que formaban ambos. Tampoco atinaba a intuir qué clase de elemento extraño se sentía obligado a acuñar pero seguro que representaba de alguna manera al mundo exterior.

Fue doloroso, pero necesario. Madre e hijo reaccionaron aceptando, pero de alguna manera y a su pesar ofendidos ante la intrusión.

Al principio actuó principalmente sobre ella. La quería, y anhelaba despertar otra vez la sutil y poderosa sensibilidad de su cuerpo. Poco a poco comenzó también a operar sobre su hijo, a quien sentía cada vez más suyo a medida en que le iba restringiendo sus contactos con la madre. Ésta ya no debía acudir tan presto cuando lloraba, o cogerlo automáticamente en sus brazos. El niño debía aprender a estar solo, y aprendió. Con el tiempo llegó a ser un hombre y cuando su mujer tuvo un hijo hizo lo mismo que su padre, siguiendo el dictado de aquel impulso tan hondamente suyo que parecía no serlo.

Lector, si como suele decirse, has tenido la paciencia de llegar hasta aquí ya habrás reconocido en esta viñeta la versión más extendida de la misión paterna en la historia edípica. Sintéticamente, ésta consiste, según dicha versión, en que el padre separe al hijo de la madre, en que intervenga cortando esa primera relación de espejística fascinación mutua existente entre ambos ¿Por qué lo hace? Se abren aquí dos respuestas. Por celos o porque debe hacerlo, y por supuesto ambas pueden coexistir y ser en el fondo la misma aunque la segunda razón, que lo hace porque debe hacerlo, suele preferirse por ser estructural.

Según esta versión es la necesidad de obedecer a una Ley que empuja al padre a intervenir para realizar su misión: introducir la separación. De no hacerlo, el hijo permanecería anclado en el amor materno, convertido de suprema maravilla en ciénaga mortal, y consecuentemente jamás llegaría a ser un sujeto deseante, sería incapaz de dirigirse a otras mujeres que no fueran su adorada mamita, o en el peor de los casos ni siquiera llegaría a conformar deseo sexual alguno, volviéndose psicótico y quedando relegado a una especie de cosmovisión sensual masoquista, eventualmente con delirios de ser objeto de manipulaciones por parte de los dioses, seres extraterrestres u organizaciones secretas.

Para quitarle toda pretensión psicológica, los psicoanalistas suelen hablar, en vez de «padre» de «función paterna», para resaltar ese carácter inexorable de ley estructural que tiene su sagrada misión. En ese sentido se lo caracteriza como «portador de la ley». Al mismo tiempo y para evidenciar aún más que el complejo es una estructura, es decir que es por su interrelación que se definen las partes, se reconoce que dicha función paterna no necesita de presencia física de padre alguno para ser llevada a cabo, puesto que también puede ser ejercida por la madre, si la mencionada función es operante en su psiquismo. También que puede ser que no funcione incluso habiendo padre físico. Cuando el «deseo de la madre» no lo reconozca y no respete su papel de agente de la castración, de portador de la ley de la prohibición del incesto. Total, que el complejo de Edipo es el sistema que conduce a la sexualidad de su polimorfismo perverso bisexual natural a la heterosexualidad procreadora de sujetos deseantes.

Esta es la historia, y si la hemos repasado un tanto extensamente es para dejar bien claro que si llegamos a ser, como se dice sujetos deseantes, es gracias y no a pesar del complejo. Que si bien éste es un padecimiento que nos aqueja especialmente cuando niños y que continúa activo más o menos a lo largo de toda la vida es la enfermedad más sana que nos puede aquejar, y que si la convalecemos debidamente nos salvaremos de otras mucho peores, siendo la neurosis la consecuencia desagradable de no haber sufrido concienzudamente el complejo de Edipo cuando tocaba:

Pero en esta versión funcionan algunos supuestos, tópicos, que vamos a observar un poco más de cerca. En especial el que se refiere a la función del padre.

Inventemos otra historia. Érase una vez un hombre muy feliz de ser padre y muy contento con su hijo. Estaba muy satisfecho de su pequeñín y

aunque se daba perfecta cuenta de que lo que él sentía lo habían sentido millones de padres antes que él, eso no le enturbiaba lo más mínimo su placer, sino que al contrario se sentía orgulloso de su recientemente asumida condición y disfrutaba viéndose con nuevos ojos, como si de la mirada con que se veía irradiase una nueva luz. Estas sensaciones tan intensas y que tan plácidamente lo sacudían desde que había nacido el bebé fueron a su vez invadidas desde el interior por otro sentimiento que no ignoradamente lo tomó por sorpresa. Era como un orgullo de segundo orden, como de una más elevada cualidad, el de ser hijo de su padre. Se sintió orgulloso de su padre. Recordaba momentos de su infancia en que se había sentido muy importante para él. Revivía su fuerza, recordó cuando a punto de ahogarse en aquel remolino lo vio venir hacia él con dos enormes brazadas y rescatarlo. (Nunca hablaron de eso. Años después, ya adolescente, salvó a otros de ser ahogados en el mar y de manera obscura sintió que se lo debía a su padre). Palabras incidentales que éste le había dicho. Aquella terrible discusión en la que ambos acabaron llorando. Ataques, literalmente, de un amor retrospectivo que ahora percibía había sido mutuo. Todo esto lo sorprendía un poco, pero no sentía ninguna necesidad de explicárselo, de manera algo confusa sentía que se derivaba de lo primero.

Adoraba a su mujer y a su hijo. Se deleitaba viéndolos en su periódica comunión nutricia. Le gustaba bañarlo y se conmovía al ver cómo el niño y su propia mano parecían hechos a propósito para sostenerse dentro del agua tibia. Cuando lloraba lo invadía un sentimiento de poder y fuerza al cogerlo en brazos, como si esperara que feroces enemigos lo atacaran para poder defenderlo. Sentir que se calmaba era la felicidad, los dragones habían sido derrotados y su hijo podía sonreír tranquilo. De noche, cuando el niño lloraba no dudaba, eran pesadillas. Se levantaba y acudía para mecer la cuna y hablarle, le cantaba canciones que recordaba de su infancia, inventaba otras que se le ocurrían y le decía que el miedo pasaría y que algún día sería un hombre valiente porque habría conocido el poder del miedo.

Su hijo era suyo. Se inflaba como un globo cuando le decían que se le parecía. Al mismo tiempo no quería que se le pareciera en algunas cosas, y estaba contento de ver que seguía los pasos de la madre en algunas vocaciones que apreciaba mucho en ella y casi nada en él.

Insensiblemente casi, comenzaron a aparecer problemitas entre él y su mujer respecto del niño. No eran graves y con pocas palabras se restauraba la

paz. Había diferencias, grandes a veces y muy sutiles otras. Su origen no estaba claro para ninguno de los dos y en general existía una placentera armonía entre ellos. Poco a poco se fueron aclarando algunas cosas. Por una parte era obvio que a veces diferían respecto de cómo solucionar tal o cual problema concreto, si llevar al niño a urgencias o esperar un poco más, otras sobre cuestiones más generales y que eran ensayos de debates que el futuro seguramente les tenía asignados.

Pero esto no era lo más importante. Había algo más que descubrió enseguida, tan pronto como dejó de comparar sus puntos de vista sobre educación con los de su mujer y dejó hablar a su corazón. La pura verdad es que amaba a su hijo.

Amor. Cuántas palabras derramadas en tu nombre. Poco a poco fue descubriendo la secreta cifra de sus reyertas con su amada. Ambos lo querían pero qué diferente era su amor. No eran, sin embargo, enormes diferencias. Cada triunfo y cada alegría del niño resonaba por igual en sus corazones. Compartían el orgulloso placer de verlo crecer, pero había una diferencia esencial que sólo afloraba en determinados momentos. Ella sufría visiblemente más cuando estaba enfermo, cuando la tos no lo dejaba dormir, cuando tenía fiebre y cuando se pelaba una rodilla o se hacía un chichón. Rápidamente ella se ponía en acción para hacer algo que lo aliviara. Él, por su parte, esperaba más de él.

Esto lo atormentó un poco, incluso llegó a pensar en serio eso que había oído tantas veces, que el amor del padre es condicional y por tanto inferior al de la madre. Pero algo desafinaba, porque si bien era cierto que esperaba que su hijo fuera de una determinada manera no sentía que lo habría dejado de querer si fuera diferente y por otra parte veía que a su mujer le pasaba lo mismo, ponía otras condiciones pero también eran exigencias.

Amarlo era quererlo para sí. ¿Serían celos? No lo parecía, o en todo caso sólo pocas veces. ¿Es que cada uno lo quería modelar a su manera? No tanto, porque ambos querían que fuera un hombre fuerte, alegre y valiente como lo habían sido los padres de ambos. Ni él ni su mujer hubieran tolerado un niño pegote.

Tal vez la respuesta fuera que no había respuesta. Él había oído decir que es responsabilidad del padre que los niños no crezcan siendo unos cogidos a las faldas de mamá y le parecía bien, pero no sentía que tuviera que preocuparse mucho por eso. Había amado a su mujer y la seguía amando libremente, sin haber

sentido jamás amenazada la libertad de su amor, y no tenía ningún temor de que el amor de su hijo por su mujer pudiera correr peligros que el suyo no había corrido. Además, el carácter del chiquitín, aún siendo dócil no le permitía sucumbir ante amenazas.

Después de dar varias vueltas en redondo sobre el eje de estas ideas llegó al punto de partida. Se trataba de amor sin duda alguna, pero de un amor que en su hijo iba más allá de su hijo. Recordó las embrolladas emociones que lo embargaron cuando en alguna ocasión se había representado (cuando él ya hubiera muerto) a su pequeño hablándole a su nieto de su padre, sintiendo ese mismo orgullo que él ahora sentía por el suyo. Era amor a la continuidad de la vida, no de su vida sino de la vida como él la quería aunque a veces no estuviera a su altura, y a la que veía ahora encarnada en su bebito.

Volvamos a lo nuestro, querido lector. Te hemos contando dos historias que tal vez no te parezcan muy diferentes, no era esta de todos modos nuestra intención. El punto que pretendíamos comentar era el de las motivaciones paternas a la hora de ejercer aquella función que el psicoanálisis le atribuye como fundamental para el normal desarrollo del niño.

Según la primera versión, nuestro padre actúa llamado por un oscuro llamado ancestral que lo lleva a intervenir cercenando ese sólido vínculo establecido entre la madre y el niño. La fuente de este impulso está ubicada en esa zona nebulosa en la que Freud situaba las protofantasías, especie de eslabón no del todo perdido entre la filogenia y la ontogenia, entre el Edipo de la especie humana y el mismo complejo tal como lo padece cada niño en su arduo camino hacia la identificación sexual y el deseo. Las protofantasías (de seducción, castración y escena primaria) configuran el conjunto de los elementos del complejo de Edipo, considerado como el esquema filogenéticamente transmitido que ejerce de organizador entre la naturaleza y la cultura. Esta credibilidad, que otorgamos al inventor del psicoanálisis, ha sido aceptada por todas las teorías psicoanalíticas hasta el punto que psicoanálisis y complejo de Edipo se han vuelto en la práctica sinónimos. En la lectura lacaniana de Freud, esa misión paterna ha sido exponenciada y convertida en sublime (que no sublimada) mediante el recurso de disociar al operador fálico en imaginario y simbólico, pedestalizándolo en esta última versión.

La teoría del Edipo tiene, en su genialidad y si la comparamos con lo que suelen ser las teorías científicas, un curioso destino. El de no cumplirse, o mejor dicho el de incluir en su interior, las razones

que la hacen de difícil cumplimiento. La observación más ligera nos enseña que las neurosis y el sufrimiento psíquico por motivos inconscientes, lejos de ser la excepción son la norma. Esto implica retroactivamente que los edipos resueltos son, si la teoría es correcta, los menos frecuentes. Freud pensaba que las neurosis son el precio que la naturaleza pulsional del hombre ha de pagar por la civilización, con lo que implícitamente estaba afirmando que el complejo de Edipo, responsable del inicio de la cultura, o era claramente insuficiente para contener los estragos de ésta o participaba también de la responsabilidad de causarlos; en verdad, ambas cosas. Es por eso que propugnaba siempre su interpretación articulada con el complejo de castración, dado que es del destino de ambos en sus tensas relaciones del que dependía el futuro psicopatológico del sujeto. De esta manera, y como el padre es el prototipo mítico de agente de la castración, nos encontramos nuevamente en esa zona en la que solamente tenemos argumentos mitológico-ancestrales para explicarnos por qué el padre de nuestra primera historia hizo lo que hizo. En pocas palabras y para terminar: el padre «debe» ejercer su función de separar al hijo de la madre porque ese es su papel en la estructura edípica; está ya contemplado que siempre lo haga de manera defectuosa para que la libido del hijo no se pierda del todo en el pasaje de lo endogámico a lo exogámico y aún pueda desear otros objetos, y las neurosis son el corolario universalmente inevitable de las dificultades inconscientes con las que tanto padre como madre desempeñan su papel.

En este razonamiento, típicamente psicoanalítico por otra parte, nótese la actuación de otro supuesto. Lo materno tiende a pecar por exceso, lo paterno por defecto.

Nuestra segunda historia tiende a matizar un tanto esta argumentación, a la que hemos bautizado con el título de este ejercicio de trivialidad. Según el padre de esta segunda historia a él le toca efectivamente desempeñar un papel ante su hijo y para el mejor desarrollo de éste, pero lo que resiente es que se considere su misión principalmente como un deber, sea ancestral, social, sexual, económico o lo que fuera, y que en todo caso sólo se le reconozcan motivaciones verdaderamente poco

dignas, como este argumento de celos. Entiende sin mayores dificultades que en la medida en que quiere que su hijo sea mañana un adulto capaz de disfrutar de la vida de manera autónoma ha de cumplir aceptablemente con su trabajo en el guión edípico, pero también quiere que le sean reconocidas sus propias razones para hacerlo. En otras palabras, que si ha de intervenir en ese vínculo al mismo tiempo maravilloso y mortífero que es el de la relación entre su mujer y su hijo es porque también quiere a éste para sí y no sólo por razones laborales u obligaciones con la especie. Por otra parte, esto del peligro inherente a la relación madre/hijo le parece un tanto remanido (o mejor aún relamido). A él no le parece en absoluto mortífera la dicha relación, le encanta verlos, es perfectamente consciente de la complicidad comunicacional que se establece entre ambos y si alguna vez siente celos sólo son leves y entretenidas cosquillas. A su manera, que es efectivamente distinta, él también tiene establecidas complicidades por el estilo con el chiquitín.

Retomemos pues, lector, nuestro diálogo. Como verás nuestras dos historias no son incompatibles en absoluto. Incluso podrás decir que la segunda no es más que la primera más el hecho (que nadie había puesto en duda) de que el padre también ama a su hijo. Completamente de acuerdo, pero es que este pequeño detalle estaba totalmente ausente del tópico que estamos comentando. En las elucubraciones psicoanalíticas muy frecuentemente el padre es sobre todo una especie de armadura vacía que deberá ser llenada por un esqueleto...

En fin, vamos a concluir. Confío en haber expresado ya suficientemente, la insatisfacción del padre de nuestra segunda historia con respecto a las caracterizaciones que se hacen de su personaje. Esa era toda mi intención y no la de meternos en honduras teóricas. Completaremos el círculo de nuestro breve divertimento dándote las gracias otra vez, amigo lector por haberme acompañado hasta aquí. Espero que lo hayas pasado bien y hasta otra oportunidad.



**Guillermo Mattioli**

Logos Clínica Psicoanalítica

Logos@comb.es